

Giovanni Papini

## Unamuno



L último, el más afortunado y profundo entre los exegetas de don Quijote, es Miguel de Unamuno. Este hombre es el único entre sus coterráneos contemporáneos que haya conseguido atravesar con su fama el Mediterráneo y que haya hecho un cierto rumor en Italia...

Dejando a un lado la pura literatura, es el espíritu más representativo en la España de hoy. El es para su país algo semejante a lo que fué Carlyle para Inglaterra y Fichte para Alemania.

Su actividad de apóstol espiritual, que se ha desarrollado después de las amarguras y los envilecimientos de la derrota americana, tiene alguna relación con la de los animadores germánicos. El busca, como Fichte, de resucitar con una fuerte disciplina moral asidua las tradiciones más intactas de la pasada existencia ibérica, los ánimos demolidos de sus conciudadanos, y se vale como Carlyle, de la lírica para su pueblo, que no tuvo filosofía propia, y que de tanto tiempo está al margen de las modernas corrientes europeas, vuelva a

encontrar en el idealismo moderno nuevas razones de vida más intensa y de grandeza más pura.

Este comentario a la obra maestra de su literatura es el más animoso mensaje de su apostolado nacional.

Don Quijote resucita allí en una atmósfera de espiritualidad, en un mundo de conceptos típicos y místicos; pero esa atmósfera, este mundo, son arraigadamente españoles... En este libro vive un Don Quijote ideal, idealizado, transfigurado, que tiene, con el de Cervantes, la única concordancia de los ideales exteriores; pero tal vivificación magnífica no es hecha por un filósofo extranjero y cosmopolita, que vea en el santo caballero solamente ideas abstractas y universales creadas para todo tiempo, para todo país, y para todo cerebro, sino de un poeta filósofo místico español, nacido en la misma tierra que su héroe, cristiano como él, loco como él, y que escudriña en la esencia del quijotismo la verdadera puerta principal para entrar en el alma misma de su patria.

Sin embargo, esta obra no es solamente el comentario apasionado a una obra maestra, sino es al mismo tiempo el ensayo de una psicología de la raza española en sus más sublimes momentos. Unamuno no ve su Don Quijote tan solitario como podía imaginarlo un extraño. No es un loco, no es un anormal, no es un aislado. Como todos los biógrafos, Unamuno pone en parangón a su héroe con otros héroes que se llaman el Cid, Santa Teresa, Pizarro, Ignacio de Loyola... hasta la sombra del crucifijo.

El Don Quijote de Unamuno es profundo. No es monocorde, no tiene un carácter sólo, no encarna una idea fija. El vasco trata al manchego como una auténtica personalidad histórica, como un santo laico del que Cervantes habría sido el único e imperfecto evangelista.